

CRISTINA HEREDERO

OLMO



Primera edición
Octubre de 2024

Del texto
© Cristina Heredero, 2024

De la cubierta
© Antonio Abad (Maclein y Parker), 2024

De esta edición
© Maclein y Parker, 2024
Pasaje Lagunas de Ruidera, 6
41701 Dos Hermanas, Sevilla
www.macleinyparker.com

Edición y corrección
Maclein y Parker

Diseño de la colección y maquetación
Antonio Abad (Maclein y Parker)

Impresión
Estilo Estugraf Impresores, S.L.
Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-126927-9-2
Depósito Legal: SE-2346-2024



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

*A mi madre, Ana María del Carmen.
Mamá, siempre me gustó tu nombre
y ese Anamari, con el que te llama-
ban los abuelos y la gente del pueblo.
Tu piel siempre me resguardó, aun
estando lejos. Mamá, tu humor y tu
fortaleza en la vida han marcado un
sendero luminoso que siempre he
querido transitar y heredar. Ojalá*

El miedo ya nunca se acaba, me dijo Tania. Ese miedo que empieza con los primeros meses del embarazo, con el miedo al aborto, al parto, a las enfermedades del bebé, se transforma, pero se siente el resto de la vida. La parte de la maternidad que siempre me ha dado miedo, dice Sheila Heiti, es su eternidad.

JAZMINA BERRERA

Y en el bosque voy a perder la cabeza
y encontrar mi alma.

JOHN MUIR

Por la noche todo toma su verdadera forma y su verdadero aspecto. Al igual que solo de noche se distinguen las estrellas del cielo, entonces se perciben sobre la tierra muchas cosas que no se ven de día.

SELMA LAGERGLÖF

LA TRIPA

Este lugar es una guarida contra lo que hay fuera. Un hogar alejado de todo, en medio de un bosque. Una cabaña oculta que nos resguardará de todo cuanto conocíamos.

El Guacho nos ha traído en su coche desde el pueblo. Al bajar, caminamos por el césped mullido entre los árboles oscuros y la humedad se me mete por la camiseta hasta la piel como si fuera otra piel. Hay musgo color cobre-marrón-verde. No como el que ponía mamá Débora en el belén. Este está como pintado en el suelo. Aquí no hay nada gris. Solo verde-marrón-azul. Enseguida, el tejado de la cabaña aparece por encima de nuestras cabezas y, cuando llegamos a un claro, por fin se ve entera, alta, llena de ventanas, con una chimenea y un establo más alejado en la parte derecha. El Guacho nos ayuda a descargar lo que hemos traído porque a mí no me conviene levantar peso. Mi tripa casi empieza a asomar y no iba a poder ocultárselo a mamá Débora mucho más tiempo. Seguramente ya haya leído la nota que le dejé en el altar de la entrada y la habrá vuelto a leer una y otra vez con su pelo mustio-negro, con el rencor encendido, y después se habrá ido a la iglesia a contarle todo al padre Saturnino

con paso rápido pero disimulado: Mire, padre, mire lo que ha hecho Leonora esta vez, mire la desgracia que tengo encima, mire, padre, mire, es una desgraciada que se lleva agitando desde que era niña.

Esta cabaña es mi nueva iglesia. Estaremos bien.

Si mamá Débora supiera que estoy aquí con un niño a medio hacer, no sé, no sé qué habría hecho conmigo. Quizá encerrarme, quizá dejarme sin comer durante días como penitencia, quizá quemar algún objeto mío y hacerme la cruz en las palmas con la ceniza. Pensaría que lo que tengo, esa sangre negra, se lo voy a pasar al niño. Me diría, como otras tantas veces: Eres mala, mala, como Teresa, que-Dios-la tenga-donde-se-merece, sin vergüenza, sin alma, sin nada. Pero Teresa está muerta. Y también la abuela. Solo quedamos mamá Débora y yo. Hasta hace semanas, cuando la sangre no llegaba. La sangre se había perdido por algún lado del callejón aquel, al lado de la iglesia. Si desaparezo como los demás, mamá Débora no se quedará con el bebé.

Con este sol de enero, la madera de la fachada de nuestra cabaña parece estar hecha de barro y se va oscureciendo en su esquina derecha, justo donde un árbol se estira hacia arriba y hacia los lados y parece que quiere ahogar la cabaña desde fuera. A lo lejos, escucho el ruido del río como si fuera la estática de la televisión. Eso no me pasaba en la ciudad, escuchar el zumbido de la naturaleza. Cada pisada nuestra retumba, cada sílaba se confunde con el viento que mueve la copa de los árboles como si fueran cascabeles.

Me pasará la semana que viene para traeros la compra, nos dice el Guacho, y después se marcha en su Renault

plateado. El Guacho es alto, con el pelo oscuro y la piel igual que los granos de café. Si lo miras de cerca, se podría confundir con un cristo nazareno, con los granos de café caídos y a punto de arrodillarse para recibir el besapiés. Es amigo de Unai desde que eran pequeños y se ha encargado de buscarnos la cabaña como un favor de tantos que le debe. También le pasará encargos para hacer muebles de los contactos que tiene en la ciudad más cercana y en los pueblos de alrededor. Aunque el más próximo se encuentra a varios kilómetros de aquí. Estamos completamente protegidos.

Las ruedas del coche del Guacho hacen tanto ruido que parece que en cualquier momento el chasis se va a desintegrar mientras desaparece por el pequeño camino de la entrada. No echaré de menos nada de eso, los neumáticos, el humo, el brillo metálico.

¿Qué te parece el sitio?, chulo, ¿no?, me pregunta Unai mientras coloca su brazo alrededor de mi cuello. Sí, es mejor de lo que me imaginaba, le contesto.

El salón es bastante grande, con una chimenea y una cocina abierta, una ventana enorme, que da al jardín y al huerto, y otra más pequeña en la parte del fregadero. Entre la cocina y el salón, un baño pequeño y unas escaleras empinadas. Hay un piso más, dice Unai, con dos habitaciones y otro baño.

Aquí no hay televisión, no hay biblias, no huele a clavo o a comida pasada. No hay muebles oscuros, toda la madera es clara y por eso la cabaña echa luz por todos lados. Todo lo que escuchaba en la ciudad aquí no existe. Ni los coches ni la gente hablando a gritos, montando fiestas o

peleándose porque alguien se ha metido con el primo de otro alguien.

Descansa en el sofá, yo me encargo de colocar todo, Unai respira de seguido por el jaleo de la mudanza. Yo no he traído muchas cosas, la mayoría son de él, sus herramientas de trabajo, un proyector, ropa y comida enlatada para el primer mes. No tuve mucho tiempo para coger todo lo que me hubiera gustado, pero aquí tampoco necesitare mucho. Nos apañaremos bien, estoy acostumbrada a vivir en la austeridad. Mamá Débora hubiera dicho: *Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque Él dijo: No te desampararé, ni te dejaré.*

Creo que voy a echar un ojo por los alrededores primero, le contesto a Unai. En un rato anochecerá, responde, y todavía no conoces todo esto. Solo voy a ver el río que se escucha y vuelvo, palabrita del niño Jesús.

El camino por el que se ha ido el Guacho apenas se distingue y al girar a la izquierda, siguiendo el sonido del río, se vuelve todo apiñado, las montañas de color verde-marrón al fondo, el cielo azul oscuro-morado, y las flores que se asoman a la altura de mis muslos entre setos hasta llegar al río. Tiene un cuerpo ancho y aúlla fuerte. De entre todo, me llama la atención el olmedo en la ribera. De pequeña, siempre me fijaba en el contraste de las hojas de los árboles con el cielo, seguía sus perfiles, dibujándolas en el aire para recordar su forma y después copiarlo en un pequeño cuaderno que guardaba de las inspecciones a mi cuarto que hacía mamá Débora. El mismo cuaderno que he traído conmigo, además de otros que aún están en blanco. Las hojas de los olmos son aserradas, pero nacen de manera

distinta en su base. Siempre me ha gustado lo mal hecho, lo imperfecto, la belleza no está hecha de una sola verdad. En una de las páginas del cuaderno dibujo la hoja del olmo y después anoto: Hojas aserradas de color verde, como las bolsas de plástico del súper, con forma ovalada. No crece como las demás hojas que hay por aquí. Es deforme. Con esta humedad, huele a trastero.

En una de las ramas hay un pájaro negro con el pico alargado y fino que pía más y más cerca, hasta que se posa al lado de mi tripa y se queda mirándola con un pestañeo rápido. Cada vez pía más fuerte y aletea como temblando. Sus plumas negras se mezclan con el tronco del olmo y apenas puedo distinguirlo cuando se aleja y se pierde entre el paisaje.

Al final del cerro, veo a un hombre paseando con sus ovejas, y al volver a la cabaña le digo a Unai que se acerque al día siguiente a visitarlo para que nos venda algunas y, si tiene, también semillas para el huerto. Unai está colocando todas las cosas, eufórico como un muñeco con batería infinita. Ya tengo el nombre para el bebé, le digo. Se para en seco con las pilas agotadas. Olmo, le digo, se va a llamar Olmo.

Me gusta, contesta Unai, me gusta mucho, la madera de los olmos es robusta, será un niño fuerte. Unai siempre lo lleva todo a la madera porque es ebanista. Seguro que sí, le contesto. ¿Cómo sabes que es un niño? Lo sé y ya está, lo he sabido al llegar aquí, le miento. En realidad, me lo dijo la Virgen Sandra justo después de hacerme el test de embarazo a escondidas. Entonces, seguro que es un niño, dice.

Soy la madre de Olmo. Por fin puedo decirlo y gritarlo si me da la gana. OlmoOlmoOlmoOlmo. Suena como el latido de este bosque.

Unai y yo lo hemos dejado todo por Olmo. No tenía a ningún sitio al que ir, salvo este bosque.

Solo el Guacho sabe que estamos aquí.

Nadie sabe que Olmo existe.